

TESTIMONIOS DE ALGUNOS SUPERVIVIENTES SALVADOS POR LA LEGACIÓN DE ESPAÑA

Helen Dévai y Anna Vándor (Szent István park 35.)

”[...] Vivíamos en la casa protegida de la Legación Española del parque Szent István número 35. En la entrada depositaron una estrella amarilla grande y había guardias, al principio un policía, un Cruz Flechada. Los judíos que no tenía carta de protección tenían que abandonar la casa, los cristianos podían decidir irse o quedarse.

Al principio podíamos salir de la casa entre las 15 -17 horas, pero a estas horas ya no había comida en las tiendas.

Más tarde prohibieron que dejáramos la casa, así muchos, literalmente, murieron de hambre. En la casa aparecían muchas veces policías y Cruces Flechadas acompañados por alemanes y pedían la documentación.

Una vez en un piso encontraron a una mujer cristiana que decía que venía a ver a sus amigos cristianos pero no llevaba documentación. La llevaron al patio y en presencia de todos los vecinos le pegaron 25 latigazos.

Yo, Anna Vándor, vivía en un piso de dos habitaciones y medio, junto a 52 otras personas. Mis dos hijos y yo dormíamos en el suelo sobre colchones. En la bañera depositaron unas tablas y dos personas dormían allí.

Luego cortaron el agua lo cual provocó condiciones higiénicas catastróficas. Todos sufríamos de los piojos y pulgas pero por pudor no hablábamos de ello.

Un día cayó un paracaidista sobre el tejado, lo que provocó un incendio derrumbando el tejado y reduciendo aún más el espacio para los vecinos.

Caían bombas y no nos permitían bajar al refugio antiaéreo, pero más tarde los vecinos cristianos se lo permitieron a los niños y las personas mayores.

Un día en las dos habitaciones contamos 96 huecos causados por balas, también hubo cuatro heridos.

La población húngara pudo refugiarse en zonas más seguras de la capital pero nosotros estábamos encerrados, protegidos sin protección. En una ocasión un vecino nuestro de apellido Berger fue llamado a la entrada y no volvimos a verlo nunca más.

El día 5 o 6 de enero de 1945, todos nosotros, excepto los mayores de 70 años, con nuestras pertenencias recogidas, tuvimos que formar en el patio para ser ”evacuados”.

Desde nuestras ventanas éramos testigos de dolorosas escenas que se repetían diariamente; veíamos marchando a gente mal vestida, con mochilas. Eran judíos, niños, viejos, enfermos, recogidos de otras casas protegidas que enfrentaban la muerte segura.

Aquella desesperación, los llantos y gritos no se pueden olvidar.

Nuestra salvación se debe a György Bárdos, jurista, que era nuestro portero. Se vistió de Cruces Flechadas y hacia las cuatro de la madrugada fue a la Legación de España. Estaban sólo la secretaria Madame Tourné, su hijo Gastón y un hombre italiano que hablaba perfectamente en español, un exiliado político. La secretaria convenció al hombre para que actuara en nombre del cónsul quien ya había abandonado Budapest.

El hombre vino a casa, habló con los policías y consiguió negociar una demora de un día.

Al siguiente día tampoco vinieron por nosotros. Que sepamos, eso se lo debemos al Sr. Bárdos.

Al hombre que salvó a 420 personas, cuando volvía la noche siguiente, los nazis lo detuvieron, en la puerta lo desnudaron y fusilaron. Los padres se enteraron de la muerte de su hijo por medio de un amigo cristiano. [...]

En esa horrible noche de 5 de enero una mujer se suicidó. Dos días después, mientras su hijo y dos hombres más estaban cavando una fosa para enterrarla, el hijo murió de un balazo.

Unos días después las tropas rusas rodearon Budapest y nuestra casa fue liberada el 15 de enero.

Con nuestro testimonio queremos dar una imagen de como vivíamos y cuánto sufríamos en la casa protegida en Budapest durante la ocupación alemana. Pasando hambre, sin agua, sin gas, sin calefacción y sin ventanas en el duro invierno, encerrados, expuestos a la tiranía de los nazis y de los Cruces Flechadas. En medio de bombardeos, cañonazos, enfermos, y constantemente aterrados por la deportación. De seguir más así, no habríamos sobrevivido. [...]"

Enrique Vándor (hijo de Anna Vándor)
(Szent István park 35.)

" [...] No tengo muchos recuerdos. Me parece que éramos ocho personas en una habitación. Llenos de piojos, nos rascábamos todos. Y me acuerdo también que en la plaza del parque Szent István había cañones antiaéreos que disparaban a los aviones que muchas veces volaban muy bajo sobre el Danubio. Y que había también bombardeos y quizás desde los aviones nos ametrallaban. Volaban a poca altura y me acuerdo de que rompían todos los cristales. Probablemente teníamos ventanas de cristales dobles y los cristales caían en la cama. [...] Y también el hambre. No sé exactamente de parte de quién nos llegaba comida, probablemente de la Legación Española. Y recuerdo también que dormíamos en el suelo en una

No. 67.



LEGACIÓN DE ESPAÑA
BUDAPEST

Védlelevel.



Ezennel igazolom, hogy
VÁNDOR Ferenczné úrnő, sz. Koppel Anna, valamint
gyermekai VÁNDOR HEINZ és VÁNDOR Helmit,
budapesti lakosok /Visegrádi-utca 15.II.3./ részére, a Spanyolországban élő férje, a spanyol állampolgársággért folyamodott. A Spanyol Követség felhatalmazást kapott, hogy a nevezettek részére, a kérvény elintézése előtt, spanyol beutazási vízumot állítson ki.

A Spanyol Követség tisztelettel kéri valamennyi illetékes hatóságot, sziveskedjenek a fentieket, a nevezetteket érintő esetleges intézkedésekkel kapcsolatban jóindulatilag figyelmre méltatni.

Budapest, 1944. szeptember 12.

A Spanyol Követségi Ügyvivő



Laura Sáiz

A fentiekre való hivatkozással, a Spanyol Követség kéri VÁNDOR Heinznek a levéteszolgálat alól való felmentését.
Budapest, 1944. szeptember 12.



especie de colchones. Estoy seguro de que dormía con mi hermano. Y parece que compartíamos a la habitación ocho personas. [...]

Había una cama doble y es posible que fuera la única cama. Según mis recuerdos la habitación no era grande. Hace un par de años volvimos a este piso. Un piso pequeño, entonces vivía allí una mujer que nos dejó pasar, echamos un vistazo [...] Me acuerdo bastante bien de aquel bombardeo. Quedamos sin cristales en pleno invierno. Mientras lo vivíamos, no nos dábamos cuenta de muchas cosas. Los recuerdos.... Más bien... por ejemplo, tres veces venían los Cruces Flechadas. Decían que a las cinco de la mañana tendríamos que estar listos, con las mochilas, para salir. Entonces no decían a dónde. Y cuando se fueron los Cruces Flechadas, alguien llamó por teléfono a la Legación. Y entonces vinieron para negociar con aquellos... y entonces nos dejaron en paz, no nos llevaron nunca. Si me acuerdo bien, hubo tres amenazas. La última, el día 5 de enero, de eso estoy seguro porque es el día del cumpleaños de mi madre. Y ella dijo que no tuviéramos miedo porque en su cumpleaños no podía pasar nada. Éste es un recuerdo. [...]"

Jaime Vándor (hijo de Anna Vándor) (Szent István park 35.)

" [...]La vida en la casa española. No sé decirle las fechas exactas [...] estuvimos allí hasta febrero de 1945. Entonces venían muchas veces las SS y los Cruces Flechadas [...] Venían a la casa varias veces y se llevaban a aquellos judíos que no tenían papeles, porque había judíos que vivían aquí desde siempre. Otras veces nos hacían formar en la calle, pero en estas ocasiones el encargado de la casa siempre avisaba a tiempo a la Legación y en el último momento nos salvamos.... Me acuerdo de una fecha, el 5 de enero, porque era el cumpleaños de mi madre. Había pánico porque ya estábamos en la calle, con la mochila, en fila, pero mi madre nos tranquilizaba diciendo que aquél día no podía pasar nada porque era su cumpleaños, y en verdad, nos dejaron volver a casa. Éste fue mi único encuentro con los nazis. Los veía muchas veces pero no tenía contacto directo con ellos.

[...] Respecto a otros que vivían en la misma casa... Mi madre, que entonces tenía 44 años y falleció en 1988, y mi hermano Enrique o sea Heinz. De los otros no me acuerdo. [...], No me acuerdo de la fecha de la mudanza de la casa estrellada a la protegida. En la casa protegida nos tocó un piso de entresuelo, por eso no podíamos bajar al refugio, podían solo aquellos que vivían en pisos más altos porque no había espacio para todos. Así podíamos ver los bombardeos directamente desde la ventana. Había todo tipo de bombardeos, estratégico, era como cubrir una alfombra y hubo aviones de caza, éstos venían de la dirección del Danubio y ametrallaban el interior de los edificios. Nosotros veíamos cómo se acercaban y en estas ocasiones corríamos hacia el interior del piso. En una ocasión dos de las habitaciones exteriores del piso recibieron más de 100 balas. Todos se lanzaban hacia dentro para salir al pasillo pero no cabíamos todos a la vez y mi hermano no se dio cuenta de una puerta de cristal y se dio con ella y se lastimó. Hubo varios heridos más. Vivíamos 51 personas en un piso de dos cuartos y medio. Dos dormían en la bañera. Había un solo baño para 51 personas. No siempre había electricidad. Del agua no me acuerdo bien, pero las condiciones higiénicas eran miserables, se puede imaginar lo

que es un baño para 51 personas. Pasábamos mucha hambre, estábamos llenos de piojos. No teníamos ropa para abrigarnos y hacía mucho frío. No había cristales en las ventanas, estábamos el pleno invierno, en diciembre, con mucho frío y pasábamos hambre muchas veces. En una ocasión un solo tarro de mermelada tuvo que alcanzar para cuatro días... Luego los bombardeos, el miedo a los nazis que solían aparecer para llevarse a la gente. Muchos piojos y creo que éramos nueve en la habitación y dormíamos en el suelo. Eso es más o menos lo que recuerdo. [...]

Luego me acuerdo de cómo volaron el puente Margarita. Mi hermano no lo vio. Luego quería mencionar [...] Había cristianos ejemplares, primero en las casas estrelladas, ellos nos traían comida y nos ayudaban. Casi todas las familias judías tenían protectores cristianos pero cuando ya era peligroso andar por las calles, dejaron de venir. Estaba prohibido ayudar a los judíos. En las casas estrelladas y luego también en las protegidas no sólo vivían judíos sino también cristianos y cuando entraban en la casa no se podía saber a quién iban a visitar. Así que de vez en cuando venía nuestro amigo, nos traía comida y después cada semana o más veces venía también una furgoneta de la Legación y traía comida, frijoles, pastas y otras cosas que luego repartían debidamente: los niños y las embarazadas recibían más que los adultos. Había una báscula en la que medían las raciones. [...]"

Iván Harsányi

(Phónix -hoy Wallenberg- utca 5.)

"[...] El piso donde estábamos era de tres habitaciones y media. Éramos 34 personas. A nuestra familia, de 5, nos tocó media habitación pero también había una mujer mayor con su padre parapléjico de 85 años, otra mujer con su hija y un inteligente estudiante rabino de apellido Klein. La habitación estaba llena de utensilios para dormir, de día levantábamos los colchones y los colocábamos junto a la pared. Aun había agua y gas pero el uso del cuarto de baño requería mucha organización ya que la mujer con su hija dormían allí. El uso del baño era complicado porque estaba dentro del cuarto del baño. Había bombardeos y fuego de artillería. Las ventanas daban a la calle y en un momento oímos un estallido espantoso y ruido de cristales rotos. La artillería dio a la casa de enfrente y rompió nuestros cristales. De ahí en adelante una parte de las mantas con que nos cubríamos teníamos que usarlas para tapar las ventanas y vivíamos en semioscuridad. En el edificio no había refugios antiaéreos. Podíamos bajar al sótano pero no tenía mucho sentido, durante las alarmas aéreas preferíamos cobijarnos en el cuarto de baño cuya ventana daba al patio. Me acuerdo de que aprendimos distinguir entre los ruidos de un Fieseler alemán y un Sturmovic soviético [...]

Con el tiempo nos hicimos indiferentes a los bombardeos y cañonazos pero teníamos a los Cruces Flechadas que patrullaban sin parar. Vimos cuando de la casa sueca enfrente de la nuestra sacaban a los protegidos y los llevaban en dirección al Danubio. A veces entraban en nuestra casa también y nos quitaban la poca comida que teníamos. En otra ocasión intentaron llevarnos a nosotros también. Ya estábamos reunidos en el portal listos para salir cuando vimos frenar un coche con bandera española y a un hombre de buena presencia y elegante que, decidido y en voz alta, protestaba contra la acción de los Cruces Flechadas. Después de una

breve discusión los Cruces Flechadas se largaron. Entonces oí por primera vez el nombre de Giorgio Perlasca, diplomático de la Legación de España (no lo era, pero entonces aún no lo sabíamos). Luego aparecía varias veces por semana y nos traía comida porque salir para los protegidos equivalía al suicidio. Por otra parte, tampoco nos habrían atendido. El "abastecimiento" constaba de harina, azúcar, latas, legumbres, una vez recibimos cebada perlada y guisantes secos. Era el encargado de la casa, un cristiano, quien repartía la comida para las familias de acuerdo con el número de los miembros. Cocinar tampoco era fácil, éramos muchos y había una sola cocina de gas. No teníamos mucho contacto con los vecinos de otros pisos y tampoco conocíamos bien a los que vivían en otras habitaciones del piso nuestro. No se formaban colectivos. (Con toda probabilidad por la simple razón de que la mayoría de los protegidos éramos niños y viejos, no había personas sociables creadoras de colectivos) Más bien nos ocupábamos de establecer el orden del uso de la cocina. Aun menos sabíamos de otras casas protegidas, sabíamos sólo que fuera de la nuestra había otras. Décadas más tarde, con mucho entusiasmo, mis colegas me enseñaron un documento en que se podía leer que Fulanito de Tal en 1944 vivía en la misma casa protegida de la calle Phœnix número 5. Quedaron decepcionados cuando les dije que no sabía nada de él, excepto que su nombre estaba entre los vecinos de la casa (es muy probable que siempre hubiera vivido allí porque los nombres de los protegidos con estancia provisional, no estaban registrados). De los otros protegidos no sabía absolutamente nada.

Todo el edificio estaba envuelto en un aire de miedo misterioso. Una vez oímos decir "antes de tener que largarse de aquí, la gentuza esa nos va a liquidar".

Una noche, el encargado y al mismo tiempo comandante de la casa nos reunió. Con él vino el comandante del edificio vecino y habló en nombre de las unidades militares húngaras estacionadas en la vecindad. Dijo que los rusos tenían tanques y había que evitar que estos tanques llegasen hasta el Parlamento, por eso todos los que vivíamos en este edificio tendríamos que salir a la calle y levantar barricadas para impedirlo. Viendo nuestras caras preocupadas dijo que ahora no había Cruz Flechada en esta zona y prometió que al terminar el trabajo nos acompañarían a casa. En mi familia, mi hermana y los abuelos se quedaron en casa, mi madre y yo salimos para ayudar a bloquear las calles. Fuimos a la esquina de las calles Csanády y Csáky (ahora Gyula Hegedűs). Había varios camiones llenos de ladrillos y varios albañiles esperando que nosotros cargáramos los ladrillos donde ellos hacían el cemento y levantaban un muro –de un metro más o menos - para hacerlo más alto no alcanzaban los ladrillos. Oí que un albañil le dijo a otro "¿estarán locos o qué? ¿pensarán en serio parar con esa m... los tanques rusos que desde Stalingrado han llegado hasta aquí?" Era ya de madrugada cuando acabamos el "bloqueo" de las calles y los soldados nos acompañaron hasta casa. No supimos más de la historia del muro y tampoco vimos más tanques en el vecindario.

Vivíamos como podíamos. Dada la alta ocupación de la casa, algunas cosas eran imposibles de hacer, como por ejemplo una cita de amor – cosa bien factible en las casas estrelladas – según corrían rumores. Pero nosotros, los niños teníamos cierta libertad para movernos, subir, bajar y oír todo tipo de noticias. En nuestras andanzas por el edificio encontramos una vez un tarro de mermelada de ciruelas - habrá pertenecido a un vecino antiguo – y nos lo apropiamos. ¡Tesoro

verdadero! Y ¡qué decepción! Las ciruelas estaban impregnadas de alcohol. Nadie de la familia consumía alcohol. Así que el tarro abierto quedó donde estaba antes.

Cuando sonaban las alarmas aéreas, el estudiante rabino hablaba de la historia de los judíos, yo recitaba poesías de Ady y soñábamos con grandes banquetes después de la guerra, con víveres ortodoxos. La última comida decente que tuvimos fue precisamente un plato riquísimo en que la abuela ponía la última ración de frijoles y le trajimos (ya no me acuerdo de donde) medio ajo. Descubrimos que hasta teníamos un poquito de harina que no habían encontrado los héroes nacionalistas al robar nuestra comida, así que la añadimos al guisado. Llevábamos varias semanas sin pan, porque el gran número de los protegidos sobrepasaba las capacidades de la Legación. A veces a alguien se le ocurría correr el riesgo de salir de la casa, pero esta operación requería serios análisis preliminares de la situación.[...]"

George Horovicz

"[...]Nos mudamos a un edificio grande, en la entrada había un letrero que ponía " Legación de España". Había otro en la misma calle, calle Pannónia se llamaba [...] La calle estaba llena de gente y primero no nos dejaban entrar a todos nosotros, luego sí, entramos. Entonces los que estaban en el interior del edificio no nos dejaban.....Mi padre que era un hombre fuerte.... Así que no permitió que rechazasen a nadie de las tres familias que ingresábamos, se las arregló.... Más o menos... fue así [...].

Me acuerdo de que el edificio donde nos mudamos habría servido para oficinas, no sé, había mucho papel, materiales de oficina, lápices, gomas de borrar, me imagino que antes eran oficinas, no lo sé. A lo mejor tampoco era tan grande como lo recuerdo. Bueno, subimos al piso, mi padre, mi madre, mejor dicho mi padre no estaba todo el tiempo con nosotros, mi hermano sí, y también una tía. Mi madre tenía una hermana, viuda desde el principio de la guerra. Entre las hermanas de mi madre era la más joven. Unas semanas después de su boda, su marido fue llevado al servicio forzoso y no volvió nunca más.... Así que... ella siempre venía con nosotros. En nuestra familia, tanto de parte de mi padre como de la de mi madre, ella fue la única persona que sobrevivió la guerra. ¿Por qué...? ¿Por qué ella...? Ella estaba con nosotros. Ocupamos el lugar que nos habían indicado, luego venían otros... no me acuerdo de más cosas.... Yo dormía encima de una mesa....me acuerdo, encima de una mesa.... Es lo único que retengo. Cómo conseguíamos comida....de eso sí que no me acuerdo de nada... Todos tenían algo, pero nunca lo suficiente.... Sabe usted, el hambre.... Pero entre tantas cosas malas lo peor no fue el hambre....Me imagino que aquellos que se habían mudado antes, tenían más dinero y habrán comprado antes, cuando aún había comida.... Una vez....conseguimos comida de la forma siguiente.... En el edificio no funcionaba el servicio de gas y la gente no podía cocinar. Y entonces mi padre transformó nuestra cocina de gas en una que funcionaba con carbón y leña y arregló la extracción de humo para fuera.... Es increíble, no sé cómo puede ser que mi padre se las arreglara.... Entonces, si se encendía algo, él iba allá, recogía la madera, no sé dónde, no importa, él iba a buscar madera, la cocina funcionaba y si alguien quería usarla a cambio nos daba un poco de comida. Así que conseguíamos comida de esta manera [...]"

Veronika Winkler

”[...]Cuando los papeles españoles estuvieron listos, el funcionario de la Legación nos acompañó a la calle Pannónia. Antes de salir nos preguntó si teníamos dinero, dijimos que no pero que algún pariente podría prestarnos. Luego nos preguntó si teníamos comida y dijimos que tampoco porque la pequeña mochila en que llevábamos algo de comer nos la habían quitado en el camino. En la calle Pannónia subimos a un piso de dos habitaciones y una salita donde ya había 24-25 personas. Nos designaron el dormitorio donde la cama doble la ocupaba una mujer con su hija y nieta, a la derecha de la cama, en el suelo había un matrimonio y a nosotros nos tocó el parquet, a la izquierda de la cama. Yo estaba muy enferma, tumbada por una fiebre muy alta, estaba delirando, no me acuerdo de nada. En el horario autorizado de dos horas mi hermana salió de la casa protegida y fue a nuestro piso estaba muy cerca, en la calle Aradi[...].”

Katarina Bohrer

” [...]La casa española donde vivía yo, estaba muy cerca del Danubio. Y por las noches se oían los tiros, fusilaban a los judíos en el Danubio.... Y por la mañana, el agua estaba teñida de sangre. Mi hijito, el pobre, un día, ni sé cómo, salió de la casa. Era ya invierno, hacía frío, mucho frío, por suerte, en noviembre había mucha nieve, porque si no, las epidemias.... El caso es que mi hijo se encontraba en la calle y en eso, con la culata le golpearon en el estómago. Y murió a consecuencia de estos golpes [...] no había médico... y más tarde, en Tánger cuando se quejaba que le dolía el estómago y se lo dijo al médico, el médico no lo tomaba en serio. Pensaba que no quería ir al colegio por eso decía que le dolía y no quiso abrirle el estómago.... Y el niño se murió. [...]

Estaba en un barrio elegante, un edificio elegante, de cinco pisos, muy cerca del Danubio, enfrente estaba la Isla Margarita[...] Mis hijos no tenían problemas de salud. Los bañaba en nieve derretida, bajaba al jardín y traía nieve en una palangana. La metía en la casa, esperaba que se derritiera, bañaba primero a la niña, luego al niño, luego me bañaba yo y luego mi tía. Todos, en una palangana de nieve derretida. Y después, lavábamos las poquitas cosas que teníamos [...].”

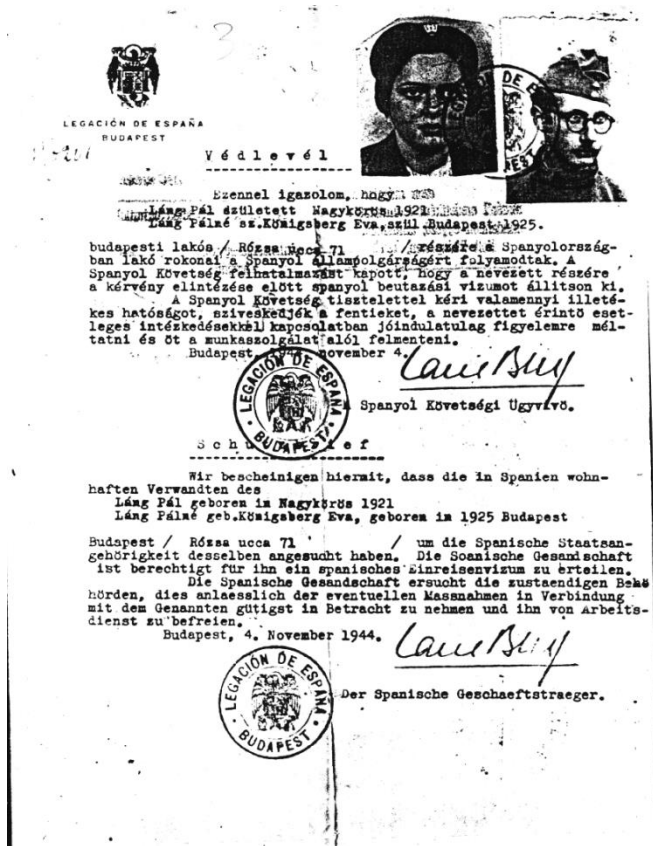
Eva Láng

”[...] Cuando llegamos a la casa española, el soldado nos puso en manos de la Sra. Pusztai, mejor dicho ella bajó para recibarnos porque no se podía entrar en la casa. La Sra. Pusztai, la comandante de alarma aérea, y el Sr. Horváth, el encargado de la casa, nos recibieron. En cada casa había también un consejo judío pero en nuestro caso, de su parte no bajó nadie. Ninguna persona podía abandonar la casa sin el conocimiento de estos responsables...Las entradas de las casas estaban cerradas y nos dijeron que los que entraban en la casa no podían salir. Si a alguien se le ocurría salir lo hacía bajo su propia responsabilidad y se exponía a que cualquiera pudiera fusilarlo. Una vez dentro de la casa subimos al cuarto piso y nos alojaron a los doce en la salita de unos ocho metros cuadrados que tenía unas cuantas puertas: la puerta de la entrada, a

mano derecha la puerta del cuarto de baño, enfrente una puerta de tres alas y al lado una más, una de dos alas. [...] Llevábamos mantas y nos acostábamos de medio lado, encorvados para no impedir el paso a las puertas [...] Por la mañana, cuando nos levantábamos, lo primero era buscar agua para el aseo y para cocinar. Por suerte aquel invierno fue muy duro, nevaba mucho, todo estaba cubierto de nieve. El edificio del parque Szent István 35 tenía un jardín muy grande donde podíamos recoger nieve y también del jardín del edificio contiguo. Ahora hay que decir que muchos no lo hacían, se sentían tan agotados que renunciaban al aseo.

Debo admitir que en nuestro entorno no se planteó el tema de la religión. Sólo una vez, en el sótano hubo un ataque de pánico, algunos empezaron a gritar y entonces mi madre – por primera y por última vez - mi madre intervino diciendo "si hay entre nosotros creyente que se las arregle a solas, rezando para sí mismo porque aquí no se permite pánico. Si quiere llamar a Dios que lo llame en su interior y negocie con él a solas". Ese fue nuestro caso pero estoy convencida de que en otros sitios, en el gueto observaban los ritos tradicionales, los Jahrzeits¹ y otros pero es que nosotros éramos judíos neólogos y no practicábamos mucho la religión. [...]

Nos pusimos contentísimos cuando a mi Pali y a mi adorado hermano, a todo el batallón español protegido los mudaron de la calle Jókai a otra casa que estaba la calle de al lado. Y ellos venían a visitarnos. [...] Había una vecina cuyo hijo estaba en el mismo batallón protegido y estando él de visita en nuestra casa nos dijo que no lo dejaría volver al batallón. Y nosotros: que eso es matarlo, el batallón protegido está vigilado por soldados, todos tienen carta de protección, imposible que les pase algo, están más seguros allá que en nuestra casa, que lo deje volver. Y ella, que no. Y el hijo se quedó con nosotros. Y le tocó la liberación en nuestra casa.... Y Pali, mi adorado hermano y mi tío Sándor a quién le debemos las cartas de protección, ellos volvieron junto al batallón protegido. Y... y al cabo de dos o tres días supimos que todo el batallón protegido había sido deportado...[...].



Nosotros, ocho personas en la salita, en una habitación unas cuarenta personas, en la otra veinte y en una bellísima habitación de enfrente, de unos treinta metros cuadrados, sólo tres, un señor con su mujer y su cuñada, abastecidos de grandes baúles llenos de comida, carne, compota y qué sé yo qué más... Gente de otra clase, habrían acudido al consejo judío por tener este privilegio. Prefiero no revelar el nombre de este ingeniero famoso en Budapest.

Y un día entraron en la casa los Cruces Flechadas, teníamos que salir de las habitaciones y formarnos en las escaleras. Era un edificio de cinco pisos, 1500 o 2000 personas así que

¹ Jahrzeit: aniversario de muerte, día de luto

tardamos en hacerlo. Nos enteramos sólo después que mientras bajábamos, el administrador de la casa, el sr. Horváth en el aparato morse que había en su apartamento avisaba a la Legación. Y también György Bárdos, un judío vestido en uniforme Cruz flechada, con papeles falsos, pues ese Gyuri montó en su bicicleta para avisar también a la Legación del asalto de los Cruces Flechadas. Mientras nosotros formábamos en las escaleras, llegó el coche de Perlasca y echó a los Cruces Flechadas. [...]

Otro día Perlasca apareció con un grupo de personas recogidas en la calle y los colocó en el refugio antiaéreo. La Sra. Pusztai y el sr. Horváth, dos personas magníficas, les hicieron espacio. Para expedir Schutzpass, Perlasca y su acompañante recogieron fotos de aquellos que tenían y para el resto expidió Schutzpass colectivo. Al día siguiente volvió a por ellos y los colocó en otras casas porque en la nuestra ya no cabía más gente [...]

Iván Arje Singer

”[...] Si me acuerdo bien, la casa española protegida estaba en la calle Légrády [hoy Balzac] número 23, enfrente de una casa portuguesa protegida. En la entrada de nuestra casa, si me acuerdo bien, había un policía húngaro que les pedía los documentos a aquellos que entraban o salían. [...] Íbamos tirando. Como ya le decía, no nos quedaba más dinero. Mi madre era de una familia acomodada, en su vida nunca había tenido que cocinar o limpiar la casa. Para eso había dos chicas, Eszti y Terka. En la casa española mi madre cocinaba en el patio, preparaba sopa de frijoles. Le daban frijoles y yo iba al solar vecino de donde traía papeles de cartón, mi hermano los cortaba y hacía fogata. Mi madre cocinaba sopa de frijoles todos los días, que luego repartían según cierto sistema. Creo que en nuestra casa nadie murió de hambre porque sopa de frijoles siempre había.

Al principio nos tocaba vivir en el lugar donde estaba la caldera que daba calor. Más tarde nos subieron a una habitación donde éramos 24. Nos turnábamos para dormir, mientras unos dormían, los otros paseaban en el patio. Mi hermano tenía más suerte, le tocó dormir en la bañera, pero el cuarto de baño era para tres personas más.

Durante meses no pudimos bañarnos, y por eso teníamos piojos. Vivían entre mis cabellos rubios. Mi madre, mientras preparaba la sopa de frijoles me peinaba con un peine que no tengo la menor idea de donde lo había sacado. Luego terminaba la operación apretando los piojos entre sus uñas. En la casa todos teníamos piojos. Nos rascábamos, echábamos petróleo en la piel, pero nada. Luego aprendí cómo matarlos con mis uñas. Después de la liberación pasaron meses hasta poder eliminarlos.

Nos acostumbrábamos al bombardeo diario, no bajábamos al refugio. También recuerdo que se rumoreaba que si alguien se acercaba a la ventana lo fusilaban, pero algunos de nosotros lo hacíamos. Y así descubrí al primer soldado ruso en nuestra calle.

Aunque la casa estuviera bajo la protección de la Legación de España, un día los Cruces Flechadas rodearon la casa y dijeron que se llevarían a los adultos para trabajo público. Sabíamos lo que significaba eso. Todas las noches oíamos los tiros que venían desde la orilla del Danubio.

Fusilaban a los judíos en el agua helada. Algunos saltaban antes de pegarles un tiro, nos lo contaron ellos. Vimos cómo se llevaban a nuestros padres y sabíamos qué destino les esperaba. Pero para nuestra mayor sorpresa, al cabo de unas horas los devolvieron. No queríamos creer lo que veíamos: los doscientos adultos, ilesos estaban allí. Y nos contaron lo que había pasado. Uno de ellos logró escaparse, fue corriendo a la Legación, avisó al cónsul que subió en su Mercedes negro y detuvo la marcha que iba a la muerte. El cónsul se dirigió al comandante de los nazis y en húngaro chapurreado le dijo que estas personas estaban debajo de la protección del gobierno español y si les pasaba algo resultaría un escándalo diplomático. El comandante nazi se sorprendió y devolvió la marcha. [...]”

Edit Wischnitzer

”[...] Uno de mis recuerdos de la casa española es que siempre teníamos hambre. No teníamos nada, la Legación nos mandaba algo de comida pero a mi abuelo ni siquiera le permitían que lo cambiara por comida kosher. En una ocasión, un vecino que comía comida no kosher me la ofreció, primero a mi hermana y luego a mí, y mi hermana corrió a preguntar a mis padres si lo podíamos aceptar. Mis padres dijeron que sí, pero cuando volvía con la respuesta, la comida ya se había acabado. Una vez yo también probé comida pero al ver que mis padres intercambiaban mirada lo devolví todo. Me di cuenta de que no era kosher. La cocina era bien grande, era mi tía la que cocinaba, pero no podía preparar comida kosher porque teníamos que compartir la cocina y los demás no comían comida kosher. También el cuarto de baño era grande, había una pequeña estufa y ella la utilizaba para cocinar. Mi tía cocinaba frijoles, otra cosa no había. Yo no me movía de su lado y le rogaba que me diera un poco. Me decía que estaba aún crudo pero yo le decía que no me importaba y seguía pidiendo. Me acuerdo de eso.

Y también me acuerdo de que caían bombas sin parar. En el refugio mi padre preparó un lugar para nosotros, encontró un paquete de naipes y nos enseñaba a jugar a las cartas. Y pasábamos los días jugando a las cartas, nosotros tres y el hijo mayor de mi tía. El premio de los ganadores del partido siempre era un pedacito de pan que suministraba mi padre. Yo perdía siempre, pero mi padre siempre me daba su parte. Él apenas comía, perdió 25 kilos porque nos lo daba todo a los niños porque llorábamos. Mi abuela tenía un poco de mantequilla y pan, ella también nos lo daba a nosotros. Murió de pasar tanta hambre porque cuando regresó con nosotros a nuestro piso ya no podía ingerir comida y falleció. [...] Nuestros vecinos de al lado eran muy ricos, ellos se las arreglaron. Tenían un hijo alto, fuerte, bien alimentado. No les preguntamos cómo consiguieron comida a pesar de ser parientes nuestros, no muy cercanos pero eran de la familia. [...]

Entraron en la casa los Cruces Flechadas para llevarnos a la orilla del Danubio que estaba cerca. Mataron allí a unas 10 000 personas. Las fusilaron en el Danubio. Dos veces nos pusieron en fila para llevarnos al Danubio, pero en el último momento intervinieron de la Legación de España [...]